

SE BUSCA PARTIDO



«Para hacerse entender algo mejor, los partidos amplían la información de sus nombres con programas. «Mire usted —nos dicen—, con su voto yo seré su apoderado, o sea, tendré el Poder. Si usted me da el Poder yo le pagaré con lo siguiente: mi Programa.»»

DICHO muy deprisa, un partido es un grupo de aspirantes a gobernar que nos promete la bienaventuranza, a cambio de nuestro voto. Lo decía D'Alembert, de otra manera: «La política es el arte de engañar a los hombres.»

Al fundarse, el partido elige un nombre que adelanta su programa con dudoso éxito descriptivo. Quisiera uno saber, por ejemplo, qué diferencias hay, a primera vista, entre un socialista popular y un socialista histórico, o en qué puede distinguirse, el poco enterado, el «Partido Popular», de «Alianza Popular»; y los liberales de izquierdas, de la izquierda democrática; o cómo entienden muchos a los centristas empeñados en descentralizar, a los extremistas en convergencia y a las concentraciones de divergentes. Como no se bauticen todos con más nitidez, el flo que resultará de las elecciones será poco «indicativo» de las ideas del pueblo.

Los vocablos políticos, de goma y acomodatícios, ensanchan, encogen y hasta ocultan lo que sugieren. Hacerse autorretratos con esa clase de pintura complica el ya difícil trabajo de hacerse entender sin antibotogías.

«Comunista», diríamos, sugiere que el que así se llama proyecta hacernos felices poniéndonlo todo en común, lo suyo y lo nuestro; pero como no escasean los comunistas que hacen dinero y lo legan a la familia, y no precisamente a la de usted, aquella acepción se desdibuja.

«Conservador» hace pensar, a algunos, en un tipo rico y pudibundo; sin embargo, conocemos tantos conservadores a la cuarta pregunta y tantos con vocación ejercitada de jueguistas, que lo mismo podría significar «pobre y disoluto». Pues, ¿y «Liberal»? ¿No ha conocido usted liberales intransigentes que se creen con derecho a imponer sus opiniones con ninguna tolerancia para las ajenas?

Una cosa es exigir la libertad y otra, que puede ser muy diferente, el espíritu liberal. La libertad absoluta consigo mismo es el absolutismo de más de un liberal, palabra noble inventada por el genio castellano y de

las peor aplicadas. El que es liberal, consigo, resulta casi siempre un déspota. En cambio, el que se domina hasta tiranizarse sale, muchas veces, liberal con los demás.

Para hacerse entender algo mejor, los partidos amplían la información de sus nombres con programas. «Mire usted —nos dicen—, con su voto yo seré su apoderado, o sea, tendré el Poder. Si usted me da el Poder yo le pagaré con lo siguiente: mi Programa.»

Lo malo es que el Programa también se compone de palabras. Y no las miden bien. Unas, por demasiado grandes y por muy concretas: abolición de la propiedad, nacionalización de la industria eléctrica o de la banca, divorcio, aborto, separatismo... son palabras enormes, mucho más repetidas que estudiadas. Ni uno de los que propugnan de buena fe el divorcio para arreglar conflictos ha caído en la cuenta de que el divorcio crea muchísimos más problemas de los que resuelve; crea, por ejemplo, más divorcios. Y hay, también, palabras inmensurables, por abstractas, que estimulan la imaginación y a nada comprometen: libertad, democracia, bienestar, representación, voluntad general; pero los partidos las manejan, como si tal cosa, al prometernos la ventura.

Supongamos que nosotros queremos fundar un partido para, naturalmente, hacer felices a todos los españoles. Primera pregunta que deberíamos plantearnos: ¿Qué hacer con los que sólo son felices haciendo desgraciados a los demás? Pues, una de dos: o dejarles jorobar al prójimo o prohibírselo y fastidiarles. En cualquiera de ambos casos, habríamos fracasado nada más empezar, porque ya tendríamos a la vista un lote de españoles infelices. Entonces nos retiraríamos a las posiciones previstas por el Mando de nuestras meditaciones y dejaríamos el Programa inicial en una línea menos ambiciosa, pero aún complicada: hacer felices a los que no desean molestar y preparar otro programa para los chinchosos. ¿Qué programa? ¿El ostracismo? ¿El sanatorio? ¿La cárcel? ¿La libertad en observación? ¿La vigilancia automática de la antipatía social? Tal vez, ¿Y

cómo se regularía eso? ¿Debería regularse? Bueno: dejémoslo, que, aun a este nivel infantil, podemos complicar la vida de un pobre artículo de periódico. Pero, al menos, hemos vuelto a recordar que la felicidad general es un cuento político que no debemos creer cuando nos piden el voto ni podemos hacer creer si fundamos un partido, a menos que queramos engañar.

Sin embargo, la mayoría de los partidos parecen creerlo o intentan hacémoslo creer. Cometen la estupenda ineptia de criticar a quien no produce soluciones definitivas y caen en el megalómano orgullo de prometerlas.

En la vida no hay soluciones definitivas porque la vida es una sucesión de problemas que sólo cesa con la muerte del individuo, de la sociedad o de la civilización. Y no es ésa la única dificultad de altísimo bordo. Hay otra: así como el Verbo estuvo entre los suyos y no le conocieron, así la Felicidad anda por este mundo y tampoco la reconocemos. Los gritos más agudos de descontento surgen de gatzates hartos. Fue lo que les pasó a Adán y Eva. Ellos organizaron la primera revolución contra el Poder Constituido aunque vivían en el auténtico Paraíso. Lo he dicho muchas veces, pero no veo por qué no voy a repetirlo.

Por todo esto, nos gustaría poner un anuncio en la sección «Pérdidas» que empezara: «Se busca Partido». Un partido que resultara comprometido por su propio nombre, bien definido, incapaz de desorientar a los que no piensan como uno, para evitar desengaños. Nada de «liberal», de «conservador», de «centro», de «izquierda», de «derecha» ni otros apellidos. Un partido de la Paz, el Orden, la Familia y el Trabajo. Un partido que no quiera convertir España en Dinamarca, en Inglaterra ni en Rusia, sino lograr que España sea España, con el respeto alcanzable en el mundo. Un partido que presentase la Ley de Dios como fundamento de las leyes. Y un partido que supiera escribir. En política sólo escribe bien el que explica lo que va a hacer, por qué lo va a hacer y... cómo lo va a hacer.

A cualquiera se le ocurre, por ejemplo, incluir en su Programa el punto de un Ejército modernísimo, muy reducido y temible. Tampoco es difícil explicar por qué. Pero, si no nos aclaran cómo se haría, con qué y a costa de qué, este punto significa muy poco.

También es fácil proponer la Cultura o la Libertad. Pero el Partido de mi anuncio habrá de explicar qué entiende por Cultura y por Libertad. No fue a un librepensador a quien Europa oyó decir por vez primera que *toute la dignité de l'homme est en la pensée*, sino al espíritu grande, humilde y obediente de Blas Pascal. La cultura por la cultura no es un ideal indiscutible; puede consistir en una pedantería congénita que haga de los hombres estúpidos archivos vivientes. Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento, desde luego; pero la cultura desenfrenada, o el desenfreno vestido de cultura, no es pensamiento, sino la confusa encrucijada por donde algunos quieren llevarnos al estupor hipnótico, a la abulia espiritual y a la esclavitud.

En fin: se busca partido que descarta las grandes palabras; que se proponga pensar y obrar en cristiano; enamóramos a todos de España; formar hombres y mujeres; instruirlos bien, luego de educarlos mejor; hacerles capaces de escuchar al prójimo; defender sus familias y lo que hace las familias; gobernar en paz, con justicia, en orden; exigirse y rendir cuentas; y explicar lo que va a hacer, por qué lo quiere hacer y cómo piensa hacerlo.

Si lo hay tendrá nuestro pobre y apenas itusionado voto.

Juan Luis CALLEJA